

6 junio 1947.

La costumbre establece que sea un amigo quien ofrezca los homenajes. Siguiéndola por una vez, me toca ofrecer esta comida, en nombre de sus amigos, a José Luis Romero, colocándome así en el trance de señalar a voces algo tan esencialmente reservado como la amistad.

En este país de hombres en soledad, de hombres que sólo ofrecen o reciben su personalidad exterior, recatando bajo la reserva más absoluta su riqueza sentimental, José Luis Romero, supo dar ^{nos} una participación total en su vida; y hasta lograr el milagro de que un pequeño grupo, formado sobre todo por afinidades intelectuales, (aunque cada uno corriendo por canal propio en definitiva unidos en un común deseo de conocer y comprender), formase un apretado haz cuya esencia es una amistad total, sin departamentos estancos.

Por eso, y porque hablar del hombre aislado sería hablar un poco de nosotros mismos, prefiero referirme a José Luis Romero como hombre de grupo, como partícipe y avanzada de una generación que llega en estos momentos a su madurez física e intelectual.

José Luis Romero, como muchos de nosotros, pertenece a una generación que no ha tenido maestros ni - cosa todavía más grave, - ejemplos. Encontró una universidad que solo había abierto sus puertas - y a regañadientes - a unos pocos de los mejores de la generación anterior. Por eso como escolares carecieron - carecimos sería más exacto decir - de la presencia segura del profesor capaz de alentar vocaciones, de encauzarlas, de encarnar la versión universitaria de la cultura. Claro que alguna excepción hay; ^{pero} tan aislada, tan aplastada por su propia soledad, que sólo pudieron aprovechar de su presencia quienes tuvieron la fortuna de conseguir una amistad extra universitaria, por los caminos misteriosos de las afinidades o de la circunstancia.

Doctorados, la mayor parte de los hombres que hoy tenemos la edad de José Luis Romero, nos sentimos extraños a ese organismo que solo nos había ofrecido su burocrático aspecto de fábrica de profesionales; fué así que se dió otro paso más en la acentuación de esa falta de espíritu universitario que disminuye y trivializa la actividad profesional en nuestro país.

Muy pocos de entre los mejores - y José Luis Romero fué uno de esos pocos - supieron sobreponerse y optaron por continuar la lucha, por cerrar los oídos a la tentación de un ejercicio profesional decorativo y remunerador, para intentar incorporarse a la vida universitaria partiendo de la docencia. Desde sus lejanos días de maestro - lejanos, pero que ya compartíamos y en los que nacía esta amistad que me lleva a hablar esta noche - desde esos lejanos días ya estaba presente en José Luis Romero la purísima virtud de adquirir conocimiento para trasmitirlo a los demás. Con decisión inquebrantable acumuló trabajos, estudió, investigó incansablemente hasta que obtuvo una suplencia en una Universidad. (Una suplencia era el máximo que un hombre maduro, talentoso, seguro de sí y de sus conocimientos pudo obtener en ^{una} la universidad - cualquiera de ellas - que solo se entregaba a las comanditas y a los compadrazgos.!).

¡Quién hubiera creído, y sin embargo es la verdad, que hubiéramos de pensar con nostalgia en esa universidad, madrastra de nuestra juventud! Pero así es. En poco tiempo, a la condición subsistente de pertenecer a un grupo, se agregó la de sacrificar la dignidad, la de estar dispuesto a todas las concesiones para obtener, como una recompensa, el cargo universitario.

A algunos - José Luis Romero es de nuevo el caso arquetípico - se les ofreció sin tasa a cambio de su firma del pacto satánico; y la negativa, que cualquier mediano conocedor de hombres debía descontar, acarreó la venganza y la destrucción de esa pequeña posición universitaria que, esfuerzo tras esfuerzo, había construido. Otros muchos se marcharon así, sin mirar atrás.

Hace unos instantes hablé de la falta de ejemplos que tan grave ha sido para los hombres de nuestra edad. Más afortunados son las actuales generaciones universitarias, que si bien apenas gozaron de la aptitud magistral de hombres como Romero, tuvieron en cambio la fortuna de alcanzar el valor ejemplar de sus actitudes.

Pero esta es una historia que todos conocen, que muchos de ustedes han sufrido en carne propia; y no hace falta insistir en su relato, - sobre todo porque luego han de escuchar la voz de un hombre que compartió con José Luis Romero su militancia profesoral.

Nuestro despertar a los problemas de la inteligencia, tuvo, tal vez por esa razón, un color esencialmente libresco. El libro o la expresión de arte para cuyo goce no se sentía como necesario el aporte de los demás - ^y más la insatisfacción frente a los hombres que ocupaban las posiciones públicas - ~~se~~ llevó a esta generación a mirar el exterior del país, a olvidar su mundo circundante y a considerar indigna de su pensamiento la preocupación por la política. El año 30 nos hizo despertar bruscamente a casi todos. Es desde entonces que José Luis Romero, aún en el estricto campo de su especialidad histórica, sintió el llamado de la Argentina. De este país que con igual fuerza nos rechaza y nos atrae, que hace ansiar la evasión; que, como lo ha señalado Martínez Estrada, pareciera castigar a sus mejores hijos con el destino del proscrito - pero que apenas desdibujados los duros vértices por la lejanía, se convierte en una necesidad ligada profundamente a la propia vida de cada uno de nosotros. José Luis Romero resolvió la disyuntiva en una forma que creo aleccionadora para tantos de nosotros, sempiternos rezongadores inactivos: entró a la acción política. Estoy seguro que José Luis Romero pesó todos los inconvenientes de la militancia, comprendió que tal vez pudiera lastimarle el contacto con los hombres estrictamente políticos, es decir guiados por un impulso de poder, lícito tal vez pero agresivo y egocéntrico; sintió el valor del sacrificio de su tiempo, fundamental para un

investigador como él; pero ante la necesidad de no contemplar inmóvil este turbulento devenir argentino, no dudó en ocupar su puesto en un partido que le ofrecía la coincidencia esencial de tener, como último fin, la defensa de la libertad.

No es este libro sobre LAS IDEAS POLITICAS EN ARGENTINA la primer obra de aliento que nos entrega José Luis Romero. Pero sin embargo es el que ha provocado el impulso, nacido al mismo tiempo entre tantos de los aquí presentes, de reunirnos para expresarle nuestro agradecimiento. Y fué así porque en él sintetiza sus preocupaciones fundamentales de investigador, de escritor y de político.

Pero de estos tres aspectos hablarán un historiador, un escritor y un político. Yo, que hablo nada más - y nada menos, José Luis - que en nombre de los amigos, quiero terminar diciendo que este libro es un aporte más que Romero nos hace, - porque con él nos informa, nos impulsa y nos guía.